

JANUSZ SYTY, *Il primato nell'ecclesiologia ortodossa attuale. Il contributo dell'ecclesiologia eucaristica di Nicola Afanassieff e John Zizioulas* (Studia Antoniana, 46), Roma 2002, 425 pp. ISBN: 88-7257-050-6.

Esta tesis doctoral, de neta vocación ecuménica, quiere profundizar en la concepción ortodoxa del servicio a la unidad universal en la Iglesia. Se trata, pues, de un estudio del fundamento y del ejercicio práctico del primado universal que toma en consideración el pensamiento de los dos principales representantes de la «eclesiología eucarística» ortodoxa, Nicolás Afanassieff y Juan Zizioulas. Estos autores han sido dados a conocer en nuestro país por J. Fontbona i Missé, quien en su tesis presentó la evolución de la eclesiología ortodoxa y puso en relación la reflexión de Zizioulas con la del ecumenista católico Tillard, centrándose básicamente en la noción de comunión y en la dimensión de la sinodalidad (*Comunión y sinodalidad. La eclesiología eucarística después de N. Afanassiev en I. Zizioulas y J. M. R. Tillard*, Roma 1994). El interés último de J. Syty consiste en mostrar de qué manera la eclesiología eucarística permitirá sostener un diálogo ecuménico acerca del primado romano entre católicos y ortodoxos.

El trabajo está articulado en cuatro partes. La primera es expositiva y consta de tres capítulos: el primero sirve de presentación de las figuras de Afanassieff y Zizioulas, así como del influjo de sus posturas en otros teólogos ortodoxos y en el mismo diálogo católico-ortodoxo. El segundo capítulo de esta sección establece de forma sumaria las tesis principales de la eclesiología eucarística, mientras que el tercero trata de las cuestiones estructurales resultantes de aquella visión del misterio de la Iglesia. A Afanassieff le corresponde el mérito de haber establecido la conexión profunda y el nexa vital entre eucaristía e iglesia, revalorizando de esta manera la catolicidad de las Iglesias locales. La aportación de Zizioulas consistiría en superar la dura contraposición que el teólogo ruso estableciera entre eclesiología eucarística y eclesiología universalista. Esta primera parte constituye, en suma, el marco eclesiológico general para afrontar el tema específico de la tesis, que es la cuestión del primado.

La segunda sección, subdividida también en tres capítulos, examina en el pensamiento de Afanassieff y Zizioulas las cuestiones relativas a la posibilidad, a la necesidad y a los fundamentos del primado universal en la Iglesia. La teología ortodoxa se plantea la pregunta de una forma radical: ¿acaso es necesaria la existencia del primado en una eclesiología de comunión? El capítulo quinto examina las bases bíblicas o fundamentos escriturísticos y el capítulo sexto analiza las condiciones teológicas de un servicio primacial conforme a la naturaleza «comunional» de la Iglesia. A lo largo de esta sección se pone de manifiesto cómo la eclesiología de comunión exige un ministerio primacial de la unidad universal de la Iglesia. Ambos teólogos están de acuerdo en señalar que la polémica tradicional contra el primado personal carece de sentido; ambos perciben la necesidad de pensar la utilidad y el concepto del ministerio primacial a nivel universal. Coinciden en su valoración del papel personal del apóstol Pedro en la Iglesia primitiva y en el seno del colegio apostólico. Su primado no tiene su origen en una institución directa del Señor, de carácter jurídico, sino en el puesto central que ocupaba en la celebración eucarística de la comunidad

de Jerusalén. Rechazan al unísono la concepción del primado generada al interior de la eclesiología universalística, como un poder jurídico universal y objetivo, poseído de forma individual. Reconocen, por contra, sólidas bases a un ministerio primacial de tipo episcopal y eclesial, orientado a salvaguardar y promover la catolicidad de las Iglesias locales y su comunión universal. Este ministerio primacial, anclado en la teología trinitaria, que es conforme al ministerio de los obispos y a su sinodalidad, potencia además la catolicidad y la unidad de las Iglesias locales. Ha nacido, pues, de la voluntad de Dios, si bien a través de determinados procesos históricos que afectaron de forma específica a la vida de la Iglesia. La mayor diferencia entre estos dos teólogos, uno de procedencia rusa, el otro de origen griego, radica en la metodología utilizada para fundamentar el primado: Afanassieff recurre a la prueba escriturística e histórica, Zizioulas construye desde principios eclesiológicos derivados de la especulación teológica acerca de la comunión trinitaria y de la Iglesia celeste. Dicho de otra manera: la historia de la Iglesia recibe una valoración diferente en la investigación teológica.

Este distinto presupuesto condiciona, como es obvio, la visión de la naturaleza del primado. Este es el tema de la sección tercera en la que la comparación entre el teólogo ruso y el teólogo griego alcanza su clímax. Nuevamente, esta sección consta de tres capítulos: el primero está dedicado a la visión histórica e ideal del «primado de recepción» desarrollada por Afanassieff; el siguiente expone la visión de Zizioulas acerca de la naturaleza del ministerio de la unidad de la Iglesia desde su eclesiología de comunión «relacional». El capítulo noveno del libro focaliza la atención sobre las concordancias y las divergencias de estos dos pensadores, dando también la palabra a algunos otros representantes de la eclesiología eucarística (Ware, Besobrasoff, Schmemmann, Meyendorfd, Clément). La eclesiología eucarística refuta una comprensión del primado entendido como poder universal, de naturaleza ontológica superior al de los obispos, situado por encima de las Iglesias locales. No es, sin embargo, un simple honor ni una simple presidencia de tipo democrático. Se trata, más bien, de un ministerio de la unidad universal de las Iglesias y de sus obispos en comunión y en el contexto de la totalidad del pueblo de Dios. El primado eclesial tiene como rasgos ideales el carácter personal y sinodal, y aparece como un centro o punto de referencia y de solicitud en función de la unidad de la Iglesia. Este poder debe ser ejercitado a imagen de la autoridad y del ministerio de Cristo, como *diakonia sacrificale* (p. 272). De esta forma, al sacar las consecuencias doctrinales y los elementos más sustanciales para un diálogo ecuménico, han quedado puestas las bases para una comprensión ulterior del ministerio del primado.

Finalmente, la cuarta parte ha sido consagrada a la cuestión específica del primado romano. El autor plantea a lo largo de los tres últimos capítulos del libro este interrogante de gran importancia ecuménica: ¿en qué modo y medida pueden los ortodoxos reconocer el primado universal de la Iglesia y del Obispo de Roma? Para ello recuerda la valoración ortodoxa de la teología del primado y del dogma del Concilio Vaticano I. Afanassieff, que ataca las bases bíblicas, patrísticas e históricas de la doctrina católico-romana sobre el primado, deja abierta la cuestión acerca del origen y de la naturaleza desde el reconocimiento de la posición prioritaria de la Iglesia de Roma. Por su parte, Zizioulas se expresa a favor de un reconocimiento teológico de la naturaleza y ejercicio del primado romano fundado sobre la eclesiología eucarís-

tica, si bien reconoce que son necesarias muchas precisiones de orden teórico y práctico. El último capítulo del libro presenta la visión del primado romano de los teólogos ortodoxos: un ministerio de unidad universal querido por Dios, con un profundo significado teológico y existencial para la vida de la Iglesia universal entendida como comunión de Iglesias locales. A lo largo de la historia este ministerio ha sido ejercido de diversas maneras. El Concilio Vaticano II representa una contribución notable para una relectura en clave comunional del primado (p. 353).

En la conclusión general (pp. 356-392) el autor hace un notable esfuerzo de síntesis de los resultados alcanzados y de la evolución de la misma eclesiología ortodoxa, que se ha orientado paulatinamente hacia una eclesiología de comunión, eucarística y universalística. Esta tesis doctoral ayuda a conocer una importante parcela de la teología ortodoxa contemporánea, tanto por los autores que trata, suficientemente representativos de por sí, como por la densidad del tema elegido que goza de renovada actualidad tras la encíclica *Ut unum sint*, en la que Juan Pablo II urgía la reflexión acerca de un nuevo modo de ejercicio del primado del Obispo de Roma. Constituye, asimismo, una buena presentación sintética de la llamada «eclesiología eucarística», que permite profundizar seriamente más allá de los tópicos al uso: la eclesiología ortodoxa refuta el primado, sólo aceptan el primado honorífico, contraponen la sinodalidad al primado. El mérito de este trabajo consiste, por un lado, en mostrar cómo la cuestión de la autoridad en la Iglesia se sitúa en el inmutable cuadro dogmático fijado por los siete primeros concilios ecuménicos, y por otro, en dejar constancia de la evolución positiva y creadora del pensamiento ortodoxo reciente respecto de la cuestión del primado. De ahí se desprende una valiosa contribución de irradiación ecuménica que puede ayudar a determinar las prerrogativas primaciales.—S. MADRIGAL.

SANTIAGO MADRIGAL, *Estudios de Eclesiología ignaciana*, BTC 4, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2002, 399 pp. ISBN: 84-8468-050-9.

Después de haber tratado previamente del tema de la «Romanidad», el 20 de abril de 1955 moría el P. Pedro Leturia dejando inacabado sobre su mesa un artículo que posteriormente el P. Ig. Iparraguirre publicó en *Estudios Ignacianos II*, pp. 175-186 bajo el título: *Problemas históricos en torno a las Reglas para sentir con la Iglesia*. En este último Leturia, ya al final de su vida, esbozaba la hipótesis del parentesco existente entre la gestación de la «Nota de nuestros mayores» del Examen General Ej. [42] con las Reglas para sentir con la Iglesia, sobre la cuestión de las comendaciones de «nuestros Mayores» (p. 148) Ej. [362]. Por su parte, el Padre J. Calveras, años después y a través de su minucioso análisis de las versiones latinas de los Ejercicios, habría de llegar a la misma conclusión: que tanto ese número, como la cuestión de la clarividencia propia de los que contemplan la presencia de Dios en todas las cosas, perteneciente también al Examen General Ej. [39] y a la contemplación para alcanzar amor, así como la segunda mitad de las reglas para sentir con la Iglesia, formaban parte del último estadio genético del libro de los Ejercicios entre 1539 y 1541.